

San Juan Crisóstomo

Comentario

Homilía 68

San Juan Crisóstomo, *Obras* (BAC Madrid 1961) 387-395

Explicación de la parábola

1. ¡Cuántas cosas nos da el Señor a entender por esta parábola! La providencia de Dios para con los judíos, tan de antiguo demostrada; su instinto de asesinos, que les viene también desde el principio; cómo nada omitió Él de cuanto atañía a la solicitud por ellos; cómo, aun después de asesinados los profetas, no los rechazó, sino que les envió a su propio Hijo. Allí vemos también cómo uno solo es el Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento, las grandes cosas que llevaría a cabo la muerte de Cristo, el terrible castigo que los judíos habían de sufrir por su crimen de crucificarle, la vocación, en fin, de los gentiles y la reprobación de los mismos judíos. De ahí que el Señor pusiera esta parábola después de la anteriormente comentada, pues con ella demuestra la mayor culpa de ellos y lo absolutamente imperdonable de su pecado. -¿Cómo y de qué manera? -Porque después de ser objeto de tanta solicitud por parte de Dios, ellos se dejaron adelantar-¡y en qué medida- por publicanos y ramera. Y mirad, por otra parte, la grande providencia de Dios y la inexplicable indolencia de ellos. A la verdad, lo que tocaba a los labradores lo hizo Él mismo: poner la cerca en torno, plantar la viña y todo lo él. Sólo les dejó a ellos un cuidado mínimo: guardar lo que ya tenían, cuidar de lo que se les había dado. Nada se había omitido, todo estaba acabado. Mas ni aun así supieron aprovecharse, no obstante los grandes dones de Él recibidos. Porque fue así que al salir de Egipto les dio la ley, les levantó una ciudad, les aparejó un altar, les construyó un templo, y *Él se ausentó*. Es decir, tuvo paciencia con ellos, no castigándolos siempre inmediatamente por sus pecados. Porque esta ausencia, la inmensa longanimidad de Dios quiere decir. *Y les despachó sus criados*, es decir, a los profetas. *Para percibir el fruto*, es decir, la obediencia que debían mostrar por sus obras. Mas ellos también aquí mostraron su maldad, no sólo en no dar fruto después de ser objeto de tanta solicitud, propio efecto de su indolencia, sino también en enfadarse de que vinieran. Porque, ya que no tenían para dar y sin embargo, eran deudores, lo que debían hacer no era irritarse, sino suplicar. Mas ellos no sólo se irritaron, sino que mancharon sus manos de sangre. Reos de castigo, lo infligieron ellos. De ahí que Dios les mandó por segunda y aun tercera vez a otros, lo que era poner en evidencia la maldad de los labradores, por un lado, y la benignidad del amo que los enviaba, por otro. -Y ¿por qué no envió inmediatamente a su propio hijo? -A fin de que, reconociendo lo que

habían hecho con los criados y calmado su furor, respetasen al hijo cuando llegara. No faltan otras explicaciones; pero de momento pasemos a lo que sigue. - ¿Qué quiere decir lo de: *Tal vez lo respetarán?* -No que el amo ignorara lo que iba a pasar, ni mucho menos; lo que quería era mostrar el enorme pecado de sus colonos, que no habían ya de tener perdón ninguno. Él sabía que lo habían de matar, y, sin embargo, se lo envió; pero dice: *Respetarán a mi hijo*, anunciando lo que debiera haber sucedido. Porque, en efecto, debieran haberlo respetado. Es lo que en otra ocasión dice: *Por si acaso me escuchan*; donde tampoco ignora lo que va a pasar. Mas por que no digan algunos insensatos que la predicción fuerza la desobediencia, el Señor se vale de esas expresiones: 'tal vez', 'acaso'. Porque ya que con los criados se mostraron ingratos aquellos labradores, de esperar era que respetaran la dignidad del hijo. ¿Qué hacen, pues, ellos? Cuando debían haber corrido a su encuentro, cuando debían haberle pedido perdón de sus pasados crímenes, ellos se abalanzan a cometer otros mayores, añadiendo abominación a abominación, dejando constantemente atrás lo pasado con lo presente. Es lo que el Señor mismo les declaraba, diciendo: *Llenad la medida de vuestros padres*. Y lo mismo les echaban de antiguo en cara los profetas: *Vuestras manos están chorreando sangre*. Y: *La sangre se mezcla a la sangre*. Y: *Los que edifican a Sión sobre sangre*. Pero no entraban en razón. Y, sin embargo, el primer mandamiento que se les había dado fue: *No matarás*. Y con miras a él se les mandaba abstenerse de muchas otras cosas, y de este modo y por otros muy variados se los inducía a la guarda de este mandamiento. Y, sin embargo, no abandonaron su mala costumbre. Mas ¿qué dicen al ver al hijo? ¡*Ea! Vamos a matarle*. ¿Por qué y para qué? ¿De qué crimen, grande ni pequeño, teníais que culparle? ¿De que os honró y siendo como era Dios, se hizo hombre por vosotros y entre vosotros obró todas aquellas maravillas? ¿Porque os perdonaba vuestros pecados y os convidaba al reino de los cielos? ¡Mirad, juntamente con la impiedad, la grande insensatez de estos asesinos y la locura de la causa que alegan para matar al hijo! Porque: *Matémosle-dicen-y la herencia será para nosotros*. ¿Y dónde deciden matarle? -Fuera de la viña.

Se prosigue la explicación de la parábola

2. Mirad cómo el Señor profetiza hasta el lugar en que había de morir: *Y echándole fuera, le mataron*. Lucas nos cuenta haber sido el Señor mismo quien dijo lo que ellos habían de sufrir, a lo que habrían replicado: ¡*Dios nos libre!* Y que fue entonces cuando alegó el testimonio del profeta. Porque: *Dirigiéndoles su mirada, les dijo: ¿Qué quiere, pues, decir lo que está escrito: La piedra que rechazaron los constructores, ésa vino a ser la piedra angular? Y: Todo el que cayere sobre ella, se hará pedazos*. Pero, según Mateo, fueron ellos mismos los que pronunciaron su sentencia. Sin embargo, no se trata de una contradicción. En realidad sucedieron las dos cosas. Ellos pronunciaron sentencia contra sí mismos, y luego, dándose cuenta de lo que decían, exclamarían: ¡*Dios nos libre!* Y entonces fue cuando el Señor les opuso el testimonio del profeta para

convencerlos de que así sería irremediablemente. Ni aun así, sin embargo, les reveló claramente el destino de las naciones, para no darles asidero ninguno. Sólo aludió a él diciendo: *Dará en arriendo su viña a otros*. Y justamente, si les propuso una parábola, fue porque quería que ellos mismos pronunciaran su sentencia. Lo mismo que sucedió con David, cuando él mismo sentenció en la parábola del profeta Natán. Mas considerad, os ruego, cuán justa es la sentencia aun por el solo hecho de que los mismos que han de ser castigados se condenan a sí mismos. Luego, para hacerles ver que no sólo la justicia pedía su castigo, sino que de antiguo lo había predicho la gracia del Espíritu Santo, y era, por ende, sentencia de Dios mismo, el Señor les alega la profecía y vivamente los reprende diciendo: *¿Nunca habéis leído que la piedra que los constructores rechazaron, ésa vino a ser la piedra angular? De parte del Señor fue hecho eso, y ello es admirable a nuestros ojos*. Modos todos de manifestarles que ellos, por su incredulidad, habían de ser rechazados e introducidas en su lugar las naciones. Esto les dio a entender por medio de la cananea, esto por la asnilla en su entrada en Jerusalén, esto por el centurión, esto por otras muchas parábolas, y esto también ahora. De ahí que añadiera: *De parte del Señor fue hecho esto, y ello es admirable a nuestros ojos*. Con lo que de antemano les declaraba que los gentiles creyentes y cuantos creyeran también de entre los mismos judíos, vendrían a ser una misma cosa, no obstante ser tan grande la distancia que antes los separaba. Y por que cayeran en la cuenta que ninguno de aquellos hechos había de ser contrario a Dios, sino muy acepto a Él y muy maravilloso, capaz de impresionar a cuantos habían de verlo-y a la verdad era milagro inefable-, prosiguió diciendo: *De parte del Señor fue hecho esto, y ello es admirable a nuestros ojos*. Por lo demás, se llama a sí mismo piedra, y constructores a los maestros de los judíos. Lo mismo que dice Ezequiel: *Los que construyen la pared y la untan sin orden ni concierto*. Y ¿cómo rechazaron al Señor los constructores? Diciendo: *Éste no viene de Dios. Éste extravía al pueblo*. Y otra vez: *Eres un samaritano y estás endemoniado*. Mas por que se dieran cuenta que su daño no había de consistir sólo en ser echados fuera, añade también los castigos, diciendo: *Todo el que cayere sobre esta piedra, quedará hecho pedazos, y aquel sobre quien cayere ella será aplastado*. Con lo que les indica dos modos de ruina y perdición: uno, tropezar y escandalizarse en la piedra, que es lo que quiere decir: *El que cayere sobre esta piedra*. Otro, el que había de venirles de la toma de su ciudad, de su desastre y ruina general, que claramente les anuncia de antemano al decirles: *Lo aplastará*. Y también aquí anuncia su propia resurrección.

Los judíos pronuncian su sentencia

Ahora bien, el profeta Isaías nos dice haber sido Dios mismo quien acusa a su viña: mas aquí condena también el Señor a los príncipes del pueblo. Allí dice: *¿Qué debí hacer yo por mi viña que no lo hiciera?* Y otra vez por otro profeta: *¿Qué te he hecho y qué falta hallaron en mí vuestros padres?* Y otra vez: *Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿O en qué te he contristado?* Palabras todas que

descubren la ingratitud de sus almas y cómo, gozando de todo, correspondieron a Dios con ingratitud. Mas aquí hace el Señor resaltar eso con más fuerza. Porque no es Él mismo quien sentencia, diciendo: *¿Qué debí hacer yo que no haya hecho?*, sino que los introduce a ellos mismos sentenciando no haber quedado nada por hacer, y ellos son los que se condenan a sí mismos. Porque cuando dicen: *A esos miserables, miserablemente los hará perecer y arrendará su viña a otros labradores*, no otra cosa hacen sino pronunciar más que abundantemente su propia sentencia. Esto fue lo que Esteban les echó en cara -y ello fue lo que les hirió más en lo vivo-que, habiendo gozado de particular providencia divina, ellos correspondieron ingratamente a su bienhechor. Lo cual era la mejor prueba de que su castigo no era culpa de quien se lo infligía, sino de los mismos que se lo habían atraído y merecido. Y esto es también lo que aquí pone de manifiesto el Señor, tanto por medio de la parábola como con la profecía. Porque no se contentó con la parábola, sino que añadió una doble profecía: la de David y la suya propia. Ahora bien, ¿qué debieran haber hecho los judíos al oír todo esto? ¿Por ventura no era su deber adorar al Señor y admirar su solicitud, la de antes y la de ahora? Mas, si nada de esto los movía a corregirse, por lo menos el temor al castigo debía haberlos hecho entrar en razón. Pero no fue así. -¿Qué hacen, pues, seguidamente? -*Oído que oyeron la parábola-dice el evangelista-, comprendieron que iba para ellos. Y queriendo echarle mano, temieron a las muchedumbres, pues le tenían por un profeta.* Es que se habían ya dado cuenta que a ellos aludía el Señor. Ahora bien, hay veces que, queriéndole detener, pasa por medio de ellos y no es visto; otras, ante sus mismos ojos contiene la impetuosa pasión de sus contrarios. Lo que la gente, maravillada, decía: *¿No es éste Jesús? Mirad cómo habla públicamente y nadie le dice nada.* Mas aquí, como el miedo a las muchedumbres los contenía suficientemente, el Señor se contenta con eso, y no hace, como en ocasiones anteriores, milagro alguno, pasando por entre medio de ellos sin ser visto. Porque no en todo quería Él obrar de modo sobrehumano, pues también quería que se diera fe a la Encarnación. Mas ellos ni por la muchedumbre ni por lo que oyeron quisieron entrar en razón. No respetaron el testimonio del profeta, ni su propia sentencia, ni el sentir del pueblo. Tan absoluta y totalmente los había cegado el amor al dinero, su ambición de vanagloria y su apego a las cosas pasajeras.

Los bienes terrenos no nos dan la felicidad

3. Nada hay, en efecto, que así nos precipite y despeñe al abismo, nada que así nos haga perder los bienes venideros, como el apego a los bienes caducos, así como nada nos asegura tan bien la posesión, de éstos y de aquéllos, como el poner por encima de todo los eternos. Porque: *Buscad-diceCristo-el reino de Dios. y todo eso se os dará por añadidura.* A la verdad, aunque no hubiera esa añadidura, ni aun así habría que pegarse a ellos: pero lo cierto es que no hay medio mejor para ganar lo temporal que amar sólo lo eterno. Mas hay quienes ni por éstas se convencen, y, semejantes a piedras insensibles, van siguiendo una

sombra de placer. Porque, ¿qué hay de dulce, qué hay de placentero en la presente vida? Yo os quiero hablar hoy con más libertad que nunca: mas soportadme, porque yo os quiero hacer ver que esta vida, al parecer pesada y dura, la vida, digo de los monjes y de los que se han crucificado al mundo, es más dulce y más apetecible que esa que parece blanda y regalada. De ello sois testigos vosotros mismos cuando, en vuestras calamidades y penas os habéis a menudo deseado la muerte y habéis proclamado felices a los que viven en los montes y cavernas, a los que no se han casado, a los que no saben de negocios de la vida. Y eso habéis proclamado lo mismo artesanos que militares, los que vivís al azar y a la ventura y los que os pasáis el día en el teatro y en la 'orquesta'. A la verdad, de ahí de donde parecen brotar infinitos placeres y como fuentes de alegría, ¡cuántos dardos no saltan también de mayor amargura! El infeliz que se deje prender del amor de alguna de aquéllas bailarinas, tendrá que soportar mayor tormento que si mil veces tuviera que salir a campaña o emprender mil ásperos viajes. Los sitiados de una ciudad no serán más miserables que él. Pero no nos detengamos de momento en examinar eso y dejémoslo a la conciencia de los mismos que míseramente caen prisioneros. Hablemos de la vida de vulgo, y hallaremos entre ella y la vida de los monjes la misma; diferencia que va de un puerto tranquilo a la alta mar, agitada por continuos oleajes.